La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

			J				
	3						
K			2				
					L		
	N						M

SOLUCION J=Caballo; K=Dama; L=Rey; M=Alfil; N=Torre.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
7	3	0	6	1	0
4	7	8	0	0	2
2	8	3	6	0	1
2	5	7	9	1	0
4	1	6	5	1	0

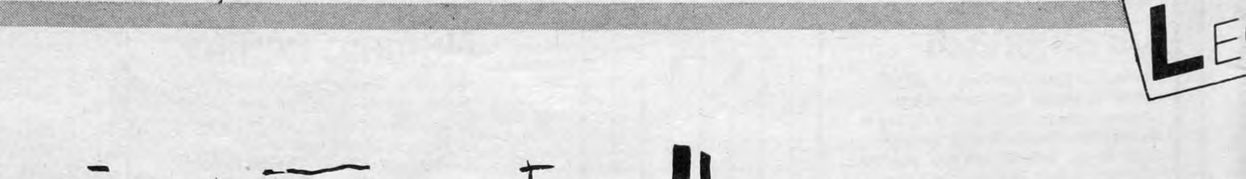
SOLUCION 8109

Verano/12



AÑO 1994

(*Por Manuel Vicent*) La gran catástrofe se inició un día de primavera de 1994. No fue nada espectacular. Una de las ollas de hormigón de la central nuclear de Vandellos comenzó a supurar cierta clase de humo color calabaza, y éste se fundió con la luz del crepúsculo. Esa misma noche vibraron las agujas, aunque la alarma sonó al amanecer. Se había producido un ligero escape radiactivo que no pudo ser controlado en ese instante, y nadie supo tampoco cómo detener la noticia sin crear más pánico todavía. La autoridad mandó cortar de momento el paso por la autopista, carreteras y caminos de esa zona del litoral mediterráneo, y también prohibió la navegación por aguas de la costa a esa altura, pero la orden nunca hubiera sido necesaria. Ni las personas, ni los animales, ni las mercancías han franqueado desde entonces en ningún sentido esa tenue barrera de neutrones, y ahora que han pasado varios años estoy sentado sobre una piel de cabra en la cumbre de la sierra de Espadán contemplando toda la desolación de la tierra, y mientras devoro raíces y saltamontes a semejanza del profeta más deslumbrado, descubro a lo lejos Benidorm deshabitado bajo el polvo, con sus discotecas llenas de hierba hasta la rodilla y todos los hoteles de esta orilla igualmente desiertos, cuyas puertas se hallan a merced del pestilente siroco que las bate. También llega hasta aquí el hedor de innumerables cosechas podridas en el árbol debido a la misma maldición. Nadie ha osado jamás desde aquel día comer una naranja u otro producto de la tierra que tuviera que atravesar el espacio radiactivo de Vandellòs, convertido en un cuello radiactivo de botella para millones de gentes y productos. Desde la cumbre de este monte diviso la aciaga tierra de Valencia, donde ahora crecen los cardos borriqueros en el vestibulo de los bancos. Y, no obstante, los científicos aun hoy afirman que el escape nuclear de 1994 fue algo sin importancia, pero seis años después, en el filo del milenio, yo voy vestido con una piel de cabra vagando entre las alimañas por el yermo.



TRES

Por Martín Rejman

Martín Rejman nació en Buenos Aires en 1961. Cursó estudios de cine en la Universidad de Nueva York y realizó varios cortos y mediometrajes en Estados Unidos y en la Argentina. En el próximo mes de marzo comenzará el rodaje de "Rapado", su primer largometraje. El guión del film fue seleccionado por el Instituto Nacional de Cinematografía en un concurso de coparticipación para la producción de películas y cuenta además con un subsidio del Hubert Bals Fund (fundación que depende del Festival de Cine de Rotterdam) y con el aporte de la productora holandesa Allarts, responsable entre otros títulos de "El cocinero, el ladrón, su mujer y su amante". El cuento que aquí se publica forma parte del libro de Rejman que con el título de "Rapado" publicará próximamente editorial Planeta en su colección Biblioteca del Sur.

VIÑUELA.





TRES PUNTOS ROJOS

Por Martín Rejman

Martín Rejman nació en Buenos Aires en 1961. Cursó estudios de cine en la Universidad de Nueva York y realizó varios cortos y mediometrajes en Estados Unidos y en la Argentina. En el próximo mes de marzo comenzará el rodaje de "Rapado", su primer largometraje. El guión del film fue seleccionado por el Instituto Nacional de Cinematografía en un concurso de coparticipación para la producción de películas y cuenta además con un subsidio del Hubert Bals Fund (fundación que depende del Festival de Cine de Rotterdam) y con el aporte de la productora holandesa Allarts, responsable entre otros títulos de "El cocinero, el ladrón, su mujer y su amante". El cuento que aquí se publica forma parte del libro de Rejman que con el título de "Rapado" publicará próximamente editorial Planeta en su colección Biblioteca del Sur.

Diana y yo estamos sentados sobre la cama en el cuarto de Diana. Yo estoy serio y la miro muy seguido. Diana está más seria todavía y evita siempre mi mirada. La puerta del cuarto está cerrada; en la parte de adentro está recubierta de corcho de arriba a abajo y hay fotos de Diana con parientes y amigos. También hay una foto en la que estamos Diana y yo, en este mismo cuarto sentados sobre la cama, besándonos.

En la calle está lloviendo. Salgo de lo de Diana, un edificio de departamentos en Caballito. Camino hasta Rivadavia sin notar la lluvia. Cuando me doy cuenta de que estoy chorreando agua me meto en un bar. Tengo el pulóver empapado y el pelo también. Pido un submarino y dos porciones de pizza y del bolsillo saco una libretita en la que me pongo a escribir sobre cómo me deprimen las tardes de lluvia.

Ma quedo sentado durante una media hora, sin pedir nada más, hasta que veo a la madre de Diana corriendo en dirección a la casa, cubriéndose la cabeza con un diario. La vereda está mojada y la mujer se resbala y se cae. Me levanto de un salto y corro a ayudarla. La madre de Diana me mira desde el suelo. Se agarra de mi brazo y consigue pararse. Se apoya contra un coche mientras junto del suelo las cosas que tenía en la cartera. El diario con el que la mujer se cubría la cabaeza se pega contra las baldosas y poco a poco la lluvia lo va desintegrando.

La mujer no puede apoyar el pie izquierdo porque el dolor es muy agudo, dice. La acompaño hasta la entrada del edificio y espero a que el ascenscr empiece a subir. Vuelvo hacia Rivadavia y entro otra vez en el bar. Pago el submarino y las porciones de pizza y recupero mi libretita.

En mi casa, a las once de la noche, suena el teléfono. Es la madre de Diana que quiere agradecerme por haberla ayudado durante la tormenta. Fue a una clínica y la enyesaron; tiene por lo menos para tres semanas. Antes de cortar, me dice que no tengo que dejar de sentirme como uno más de la familia y que la visite o vaya a cenar cualquier día de éstos. Más tarde, cuando estoy a punto de dormirme, otra vez empieza a llover.

Cuando me levanto a la mañana siguiente enciendo la videocasetera y mientras desayuno termino de ver la película que dejé inconclusa la noche anterior. Después me doy una ducha y al afeitarme me corto entre el labio y la nariz, en la pera, y en la nuez. Cada una de las tres heridas empieza a sangrar. La herida más grande es la que está más arriba y ahí me pongo una curita, así que hasta que me la quito, después del mediodía, parece casi como si tuviera bigotes. Ahora me veo mejor, pero igualmente me quedan en la cara marcados tres puntos rojos, entre la nariz y el labio, en la pera, y en la nuez.

En los días que siguen las marcas de la cara desaparecen pero engordo más de seis kilos. Rutger, un alemán de 27 años que Diego conoció en Colonia y que está de viaje por Sudamérica, se instala a vivir en mi casa por un tiempo. Diego todavía vive con sus padres y Rutger pasó ahí la primera noche, pero a la madre de Diego no le gustó su aspecto y durante la cena lo acusó de drogadicto ("drogadict", le había dicho en inglés señalándolo con el tenedor). El padre de Diego, para equilibrar la situación, lo había invitado después de la comida con un cognac y un cigarro, aclarándole que el cognac era francés y el cigarro cubano.

El sábado a la mañana decido ir a Munro a comprarme ropa, porque la que tengo ya me queda demasiado chica. Lo único que todavía puedo ponerme es un pantalón de gimnasia que tiene elástico en la cintura y un buzo que una vez le robé a mi padre y que siempre me había quedado grande. Vamos en el coche de Diego y Rutger nos acompaña. Diego pone un casete de recopilación de música argentina para hacerle escuchar a su amigo alemán, en el que hay rock, proyección folklórica y algún tango. Su primo se lo grabó cuando hizo su primer viaje a Europa y todos los europeos que lo escuchaban quedaban muy sorprendidos. Pero Rutger no le presta demasiada atención y al tercer tema lo cambia por uno de Bessie Smith que trae en su mochilita. "Ella es la madre de todos", dice mientras estacionamos el coche. Diego se queda un poco atrás para trabar las puertas pero enseguida nos alcanza.

A la tarde, en mi casa, estamos tirados tomando cerveza cuando tocan el portero eléctrico. Es Gabriela, la hermana más chica de Diana. Trae un libro para devolverme, *El gran Gatsby*, y quiere un pulóver que Diana se dejó aquí una noche. Toma un vaso de cerveza con nosotros. En la cocina hay siete botellas vacías y ninguna llena. Rutger y Diego deciden bajar a comprar más y se llevan todos los envases. Tardan en volver, y Gabriela encuentra el casete de Bessie Smith de Rutger y lo pone. Me dice que está demasiado triste y que la voz de esa mujer la pone muy sensible. Tiene la mirada perdida y quiero cambiar de casete, pero ella me pide que lo deje porque su analista dice que a la tristeza hay que estimularla. "Cuanto más cargada está, más pronto te abandona", me dice con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando Rutger y Diego tocan el timbre, Gabriela está de nuevo en el living escuchando el mismo casete y tiene puesto el pulóver de Diana. Yo estoy tirado en la cama releyendo algunas partes de *El gran Gatsby*, y antes de abrir me apuro a anotar unas frases en mi libretita porque tengo miedo de olvidármelas: "Bessie Smith, la madre de todos", y "La tristeza, cuanto más cargada está, más pronto te abandona".

Traen más cerveza, pizza y helado. Ayudo a Diego a dejar todo en la cocina mientras escucho que Rutger se sienta al lado de Gabriela y le pregunta: "¿Do you like Bessie Smith?", pero no registro ninguna respuesta. Le digo a Diego que el lunes voy a empezar a ir al gimnasio de enfrente (desde la ventana del living se pueden ver los ventanales donde chicos y chicas hacen pesas y aerobics; parece un lugar con mucho movimiento en el que se puede conocer gente). Que me voy a poner a dieta y voy a comer solamente bife y ensalada con limón y sin aceite; voy a dejar el azúcar y los helados, suprimir el pan y las otras "Pes" (papas y pastas) y no voy a probar una gota de alcohol. Cuando termino de hablar, Diego me mira y me pregunta muy serio si cuando vuelva a ser flaco voy a tirar toda la ropa nueva o si la voy a guardar por las dudas. No sé qué contestarle.

Volvemos al living con la pizza y más cervezas. Gabriela y Rutger están sentados muy juntos en el sillón; Gabriela tiene lágrimas en los ojos y tengo la sospecha de que Rutger ya la besó. Mientras cortan la pizza, yo me acerco a la ventana. Muchos pisos más abajo las luces del gimnasio están apagadas. Me esfuerzo por mirar a la distancia, lo más lejos posible. En los días más claros la radio dice que la visibilidad máxima es de diez kilómetros, pero supongo que eso debe ser en el río. Sé que aunque la distancia fuera mucho menor que ésa, desde mi casa no podría distinguir ninguna luz verde o de cualquier otro color en ninguna ventana.

Más tarde salimos los cuatro en el coche de Diego. Manejo yo y en el asiento del acompañante va Rutger. En el de atrás, Gabriela y Diego.

Al final de la noche, Rutger y yo viajamos atrás y Diego y Gabriela adelante. Nos dejan en mi casa y dcspués ellos siguen viaje. A casa de Diana o a alguna otra parte.

El martes, una vecina en el ascensor me dice que en la última reunión de consorcio no se habló más que de mí. Se dijo que había gente que entraba y salía a cualquier hora de mi departamento, tanto hombres como mujeres; que muchas veces yo llegaba a la mañana cuando los demás vecinos estaban saliendo para el trabajo; y que ahora convivía con un europeo drogadicto. A la noche tengo la cena de Rosh Hashanah con mi familia. Le dejo una notita a Rutger con la dirección y la hora, pero a las tres de la tarde me tomo un taxi desde el centro y vuelvo a mi casa especialmente para romperla.

Rutger quiere conocer el Teatro Colón y lo llevo a una velada Paganini. El ejecutante es un violinista austríaco acompañado por una orquesta local y la función resulta ser pésima. El público tose continuamente, a pesar de no ser época de resfríos. Decidimos irnos en el intervalo y en el guardarropas encuentro a la madre de Diana retirando su tapado de piel. Vino sola y parece muy contenta de verme. Tiene una bota de yeso en el pie izquierdo y le presento a Rutger. Vamos los tres a una pizzería y por una vez decido salirme de la dieta, que igualmente me está dando poco resultado. La conversación se pone muy animada pero pronto me doy cuenta de que yo casi no participo, y poco a poco dejo de prestar atención.

Al día siguiente, Rutger se va al norte por diez días. Pero pasa el tiempo y no vuelve ni recibo noticias suyas. Dejó en mi casa su mochila y alguna ropa que compró en Buenos Aires. A lo de Diego llegaron dos cartas para él, una de Estados Unidos, la otra de Alemania. A pesar de la gimnasia y las diferentes dietas que sigo, vuelvo a engordar el único kilo que conseguí adelgazar la primera semana y todavia otro más. Pero decido insistir. No quiero ser gordo. Cada mañana me levanto y me miro al espejo. Mi imagen no parece variar demasiado. A veces, los pliegues de las sábanas me quedan marcados en el cuerpo. Son marcas que desaparecen al poco tiempo, como las de la esterilla de algunas sillas en una mano. La piel se pone roja por la presión del contacto y al notarlo, por un momento creemos que va quedar así para siempre.

S PUNTOS ROJOS

Diana y yo estamos sentados sobre la cama en el cuarto de Diana. Yo estoy serio y la miro muy seguido. Diana está más seria todavía y evita siempre mi mirada. La puerta del cuarto está cerrada; en la parte de adentro está recubierta de corcho de arriba a abajo y hay fotos de Diana con parientes y amigos. También hay una foto en la que estamos Diana y yo, en este mismo cuarto sentados sobre la cama, besándonos.

En la calle está lloviendo. Salgo de lo de Diana, un edificio de departamentos en Caballito. Camino hasta Rivadavia sin notar la lluvia. Cuando me doy cuenta de que estoy chorreando agua me meto en un bar. Tengo el pulóver empapado y el pelo también. Pido un submarino y dos porciones de pizza y del bolsillo saco una libretita en la que me pongo a escribir sobre cómo me deprimen las tardes de lluvia.

Ma quedo sentado durante una media hora, sin pedir nada más, hasta que veo a la madre de Diana corriendo en dirección a la casa, cubriéndose la cabeza con un diario. La vereda está mojada y la mujer se resbala y se cae. Me levanto de un salto y corro a ayudarla. La madre de Diana me mira desde el suelo. Se agarra de mi brazo y consigue pararse. Se apoya contra un coche mientras junto del suelo las cosas que tenía en la cartera. El diario con el que la mujer se cubría la cabaeza se pega contra las baldosas y poco a poco la lluvia lo va desintegrando.

La mujer no puede apoyar el pie izquierdo porque el dolor es muy agudo, dice. La acompaño hasta la entrada del edificio y espero a que el ascenscr empiece a subir. Vuelvo hacia Rivadavia y entro otra vez en el bar. Pago el submarino y las porciones de pizza y recupero mi libretita.

En mi casa, a las once de la noche, suena el teléfono. Es la madre de Diana que quiere agradecerme por haberla ayudado durante la tormenta. Fue a una clínica y la enyesaron; tiene por lo menos para tres semanas. Antes de cortar, me dice que no tengo que dejar de sentirme como uno más de la familia y que la visite o vaya a cenar cualquier día de éstos. Más tarde, cuando estoy a punto de dormirme, otra vez empieza a llover.

Cuando me levanto a la mañana siguiente enciendo la videocasetera y mientras desayuno termino de ver la película que dejé inconclusa la noche anterior. Después me doy una ducha y al afeitarme me corto entre el labio y la nariz, en la pera, y en la nuez. Cada una de las tres heridas empieza a sangrar. La herida más grande es la que está más arriba y ahí me pongo una curita, así que hasta que me la quito, después del mediodía, parece casi como si tuviera bigotes. Ahora me veo mejor, pero igualmente me quedan en la cara marcados tres puntos rojos, entre la nariz y el labio, en la pera, y en la nuez.

En los días que siguen las marcas de la cara desaparecen pero engordo más de seis kilos. Rutger, un alemán de 27 años que Diego conoció en Colonia y que está de viaje por Sudamérica, se instala a vivir en mi casa por un tiempo. Diego todavía vive con sus padres y Rutger pasó ahí la primera noche, pero a la madre de Diego no le gustó su aspecto y durante la cena lo acusó de drogadicto ("drogadict", le había dicho en inglés señalándolo con el tenedor). El padre de Diego, para equilibrar la situación, lo había invitado después de la comida con un cognac y un cigarro, aclarándole que el cognac era francés y el cigarro cubano.

El sábado a la mañana decido ir a Munro a comprarme ropa, porque la que tengo ya me queda demasiado chica. Lo único que todavía puedo ponerme es un pantalón de gimnasia que tiene elástico en la cintura y un buzo que una vez le robé a mi padre y que siempre me había quedado grande. Vamos en el coche de Diego y Rutger nos acompaña. Diego pone un casete de recopilación de música argentina para hacerle escuchar a su amigo alemán, en el que hay rock, proyección folklórica y algún tango. Su primo se lo grabó cuando hizo su primer viaje a Europa y todos los europeos que lo escuchaban quedaban muy sorprendidos. Pero Rutger no le presta demasiada atención y al tercer tema lo cambia por uno de Bessie Smith que trae en su mochilita. "Ella es la madre de todos", dice mientras estacionamos el coche. Diego se queda un poco atrás para trabar las puertas pero enseguida nos alcanza.

A la tarde, en mi casa, estamos tirados tomando cerveza cuando tocan el portero eléctrico. Es Gabriela, la hermana más chica de Diana. Trae un libro para devolverme, *El gran Gatsby*, y quiere un pulóver que Diana se dejó aquí una noche. Toma un vaso de cerveza con nosotros. En la cocina hay siete botellas vacías y ninguna llena. Rutger y Diego deciden bajar a comprar más y se llevan todos los envases. Tardan en volver, y Gabriela encuentra el casete de Bessie Smith de Rutger y lo pone. Me dice que está demasiado triste y que la voz de esa mujer la pone muy sensible. Tiene la mirada perdida y quiero cambiar de casete, pero ella me pide que lo deje porque su analista dice que a la tristeza hay que estimularla. "Cuanto más cargada está, más pronto te abandona", me dice con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando Rutger y Diego tocan el timbre, Gabriela está de nuevo en el living escuchando el mismo casete y tiene puesto el pulóver de Diana. Yo estoy tirado en la cama releyendo algunas partes de *El gran Gatsby*, y antes de abrir me apuro a anotar unas frases en mi libretita porque tengo miedo de olvidármelas: "Bessie Smith, la madre de todos", y "La tristeza, cuanto más cargada está, más pronto te abandona".

Traen más cerveza, pizza y helado. Ayudo a Diego a dejar todo en la cocina mientras escucho que Rutger se sienta al lado de Gabriela y le pregunta: "¿Do you like Bessie Smith?", pero no registro ninguna respuesta. Le digo a Diego que el lunes voy a empezar a ir al gimnasio de enfrente (desde la ventana del living se pueden ver los ventanales donde chicos y chicas hacen pesas y aerobics; parece un lugar con mucho movimiento en el que se puede conocer gente). Que me voy a poner a dieta y voy a comer solamente bife y ensalada con limón y sin aceite; voy a dejar el azúcar y los helados, suprimir el pan y las otras "Pes" (papas y pastas) y no voy a probar una gota de alcohol. Cuando termino de hablar, Diego me mira y me pregunta muy serio si cuando vuelva a ser flaco voy a tirar toda la ropa nueva o si la voy a guardar por las dudas. No sé qué contestarle.

Volvemos al living con la pizza y más cervezas. Gabriela y Rutger están sentados muy juntos en el sillón; Gabriela tiene lágrimas en los ojos y tengo la sospecha de que Rutger ya la besó. Mientras cortan la pizza, yo me acerco a la ventana. Muchos pisos más abajo las luces del gimnasio están apagadas. Me esfuerzo por mirar a la distancia, lo más lejos posible. En los días más claros la radio dice que la visibilidad máxima es de diez kilómetros, pero supongo que eso debe ser en el río. Sé que aunque la distancia fuera mucho menor que ésa, desde mi casa no podría distinguir ninguna luz verde o de cualquier otro color en ninguna ventana.

Más tarde salimos los cuatro en el coche de Diego. Manejo yo y en el asiento del acompañante va Rutger. En el de atrás, Gabriela y Diego.

Al final de la noche, Rutger y yo viajamos atrás y Diego y Gabriela adelante. Nos dejan en mi casa y después ellos siguen viaje. A casa de Diana o a alguna otra parte.

El martes, una vecina en el ascensor me dice que en la última reunión de consorcio no se habló más que de mí. Se dijo que había gente que entraba y salía a cualquier hora de mi departamento, tanto hombres como mujeres; que muchas veces yo llegaba a la mañana cuando los demás vecinos estaban saliendo para el trabajo; y que ahora convivía con un europeo drogadicto. A la noche tengo la cena de Rosh Hashanah con mi familia. Le dejo una notita a Rutger con la dirección y la hora, pero a las tres de la tarde me tomo un taxi desde el centro y vuelvo a mi casa especialmente para romperla.

Rutger quiere conocer el Teatro Colón y lo llevo a una velada Paganini. El ejecutante es un violinista austríaco acompañado por una orquesta local y la función resulta ser pésima. El público tose continuamente, a pesar de no ser época de resfríos. Decidimos irnos en el intervalo y en el guardarropas encuentro a la madre de Diana retirando su tapado de piel. Vino sola y parece muy contenta de verme. Tiene una bota de yeso en el pie izquierdo y le presento a Rutger. Vamos los tres a una pizzería y por una vez decido salirme de la dieta, que igualmente me está dando poco resultado. La conversación se pone muy animada pero pronto me doy cuenta de que yo casi no participo, y poco a poco dejo de prestar atención.

Al día siguiente, Rutger se va al norte por diez días. Pero pasa el tiempo y no vuelve ni recibo noticias suyas. Dejó en mi casa su mochila y alguna ropa que compró en Buenos Aires. A lo de Diego llegaron dos cartas para él, una de Estados Unidos, la otra de Alemania. A pesar de la gimnasia y las diferentes dietas que sigo, vuelvo a engordar el único kilo que conseguí adelgazar la primera semana y todavía otro más. Pero decido insistir. No quiero ser gordo. Cada mañana me levanto y me miro al espejo. Mi imagen no parece variar demasiado. A veces, los pliegues de las sábanas me quedan marcados en el cuerpo. Son marcas que desaparecen al poco tiempo, como las de la esterilla de algunas sillas en una mano. La piel se pone roja por la presión del contacto y al notarlo, por un momento creemos que va quedar así para siempre.

MAR DEL PLATA

Veranito universitario: En el marco del ciclo denominado "Universidad de verano 1991", se dictan cursos de psicología, literatura, filosofía, antropología, historia y literatura. El cronograma de actividades, organizado por la Universidad Nacional de Mar del Plata, es el siguiente:

—*Del 13 al 15 de febrero:* La educación por el arte.
—*Del 19 al 22:* Repensando la historia política.
—*Del 18 al 20:* La literatura caribeña del siglo XX: distintos discursos narrativos.
—*Día 18:* Actualización de pastizales naturales.
—*Del 21 al 22:* Folklore cultura popular: una discusión abierta.
—*Del 25 al 1° de marzo:* La transgresión en la literatura hispanoamericana.
—*Del 28 al 1° de marzo:* El valor del espacio en el análisis económico.
—*Del 25 de febrero al 25 de marzo:* Agricultura sostenible, fundamentos y perspectivas.

Para mayor información y para inscribirse la dirección es Juan B. Alberdi 2695, 3° piso, Secretaría de Prensa y Extensión de la Universidad de Mar del Plata, en el horario de 9 a 12. Los cursos se dictan en el mismo edificio en el horario de 19 a 21.

Historias de desarraigos: En el aula magna Silvia Filler de la Universidad Nacional de Mar del Plata se ofrece de jueves a domingo, a partir de las 22.30, la obra de teatro *Mareposa*, de Portnoy y Mónaco. La pieza toma como punto de partida uno de los grotescos de Armando Discépolo e indaga en un tema de actualidad como es el desarraigo. Las funciones se realizan en el primer piso del rectorado de la Universidad, en Diagonal Juan B. Alberdi y San



Luis. La interpretación está a cargo de Silvia Urquia, Nicou Gioia, José Casas Grau y Antonio Mónaco, quien es también responsable de la dirección.

Para pibes: Teatrantes presenta *El fabuloso robo de la sombrerera*, en la Biblioteca Pública Municipal (25 de Mayo y Catamarca), con dirección de Leonardo Rizzi, los sábados y domingos en el horario de las 20.30. El precio de las localidades es de 25.000 australes.

Que se vengan los chicos: Alicia Zanca protagoniza la comedia infantil *Pulgarcito*, con dirección de Mariana Sagasti y libro de Marisé Monteiro. Las funciones son de martes a domingo a las 19.30 en el Teatro Neptuno. Para los días en que el mal tiempo aleja a los turistas de la playa, también se levanta el telón a las 17.

Cantame tu vida: El sábado, en el horario de las 23, se presenta Marilina Ross en el Teatro Roxy.

BUENOS AIRES

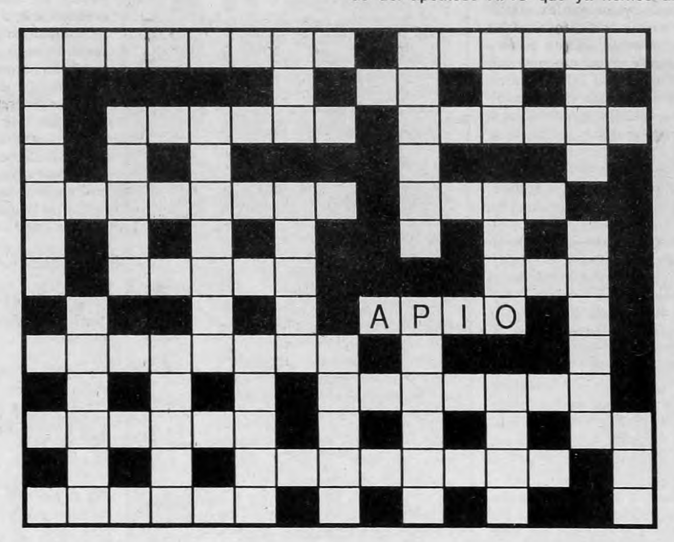
Vecinos sensibles del Conde de Palermo: Para sentirse como en casa, llegan a estas playas Ignacio Copani y el grupo humorístico Los Vergara. El encuentro es en La Casona del Conde de Palermo, donde hoy a las 22.30 se presenta Copani y a la 1.30 Los Vergara ponen sus despiadados comentarios al servicio de una realidad de la que es preferible reírse.



Marilina Ross en el Roxy, el sábado a las 23.

EL ACOMODO

Anote las palabras de la lista en el esquema, de manera que se crucen coherentemente. Para no sentirse tan desamparado, puede ayudarse partiendo del apetitoso **APIO** que ya hemos ubicado.



DOS LETRAS: AL - RE.
TRES LETRAS: LAR - LOS - NOE - RED.
CUATRO LETRAS: ~~APIO~~ - COMO - MANO - MODA - TERO.
CINCO LETRAS: ANDEN - ERATO - ORNAR - OVINO - RENTA - TRAZO.
SEIS LETRAS: CATODO - MESADA - MULETA - PEDANA - PELELE - PETACA - PILETA - ROSADO - TORERO.
SIETE LETRAS: COLADOR - SACUDIR - VOLUMEN.
OCHO LETRAS: CALAMBRE - CUATRERO - DONACION - TONELADA.

SOLUCION: